

ASOCIACIONES Y AFICIONADOS A LA NATURALEZA: LA AMEBA BENEFACTORA

Carlos M. García

Deseaba inaugurar un tipo de artículos de reflexión o ensayo sobre temas de la naturaleza en El Corzo. Y no se me ocurría un tema mejor que el de analizar la propia razón de existir tanto de nuestra SGHN como de otras asociaciones y grupos de aficionados similares. No será esto nada más, claro, que mi particular punto de vista.

Se acepten o no las tesis de Wilson sobre la biofilia¹, es un hecho, que millones de personas en todo el mundo se sienten fuertemente atraídas por la naturaleza.

Y eso, independientemente de que cada uno tenga su idiosincrasia y, como consecuencia, los acercamientos e intereses sean tan variados que incluso a veces entren en conflicto. En efecto, la naturaleza atrae a cazadores y fotógrafos, escaladores y estudiosos de plantas rupícolas, senderistas de montaña, observadores de aves, agricultores, pastores, recolectores de espárragos, ...y hasta puede que haya anacoretas contemplativos. En fin, seguro que hay una forma de aproximarse a la naturaleza por cada persona que lo hace y, aunque en muchos casos se regalen una mutua desconfianza, todos tienen algo en común: constituyen esa parte del tejido vivo de la humanidad que cada día se relaciona con los sistemas naturales. De una humanidad que, poco a poco, fue concentrándose cada vez más en ciudades y olvidando de forma colectiva la fuerte dependencia que tiene de un correcto funcionamiento de los sistemas naturales.

Una fracción de ese tejido vivo que cada día se mueve, registra, admira y conoce, como si se tratase de una ameba emitiendo pseudópodos por nuestros espacios naturales, está compuesta por aficionados que encuentran algún tipo de satisfacción en la observación y el conocimiento de organismos y procesos naturales. Ellos constituyen la columna vertebral tanto de nuestra asociación como de otras similares. Son al mismo tiempo la argamasa y uno de los principales fines de la existencia de la SGHN.

A ellos se suman gestores y científicos profesionales. De hecho, en los estatutos de la SGHN ya se destaca en primer lugar como fin de la misma la promoción de la comunicación y del intercambio de conocimiento entre los vértices de ese triángulo. Y se añade que especialmente se trata de facilitar el conocimiento y la conservación de nuestro patrimonio natural.

En estos primeros años de la década de 2010, vivimos un tiempo en el que hay un debate intenso en los medios de comunicación y en las calles acerca de recursos, modelos privados y públicos, recortes, incapacidad de atender a todas las expectativas de calidad y progreso que la sociedad requiere.

Soy un firme defensor del sector público. Creo que una sociedad moderna que aspire a mejorar, debe sostener servicios y actividades que, pese a no ser rentables, reviertan no sólo, por supuesto, en la calidad

1. Biophilia. 1984. Edward O. Wilson. Harvard University Press, 167 pp

de vida, sino mucho más: en el ansia colectiva de ver más allá de nuestras necesidades más básicas, crecer con la cultura y soñar con paraísos perdidos o utópicos por llegar. Sólo la combinación del sueño de un porvenir afortunado y la adquisición de conocimiento básico mueve el progreso de la sociedad.

Pero, incluso planteándolo acomodados en la ilusión de nuestros mejores momentos económicos, la actividad de investigación, conocimiento y protección de nuestro medio ambiente nunca ha sido suficiente. Como sociedad humana, transformamos nuestro entorno mucho más rápidamente de lo que podemos conocerlo y comprenderlo. Es un hecho sobre el que ya hemos llamado la atención², que hay muchas especies que desaparecen antes de que incluso las hayamos conocido.

Creo que hay un paralelismo claro entre el papel que muchos astrónomos aficionados han tenido y siguen teniendo en la vigilancia del Cielo y el registro de nuevos objetos, contribuyendo así a nuestra visión colectiva del espacio, y el papel que veo tiene y puede tener el naturalista aficionado.

Nadie puede negar que los estados deben promover la existencia de recursos materiales y humanos profesionales de alto nivel adquiriendo conocimiento especializado de nuestro entorno en el Universo. Pero todos sabemos que hay tanto que cubrir, que el apoyo de los aficionados puede llegar a ser complementario y significativo. Quizás los astrónomos aficionados no puedan ofrecer datos similares a los que los equipos

profesionales que operan un radiotelescopio o el telescopio Hubble han ofrecido a la humanidad, pero se admite que esa simbiosis entre profesional y aficionado constituye el ojo con el que la humanidad escruta los cielos.

El conocimiento de especies y sus hábitats, los procesos que les afectan y que son clave en su conservación y protección, la observación y registro de ese cambio continuo de las poblaciones y del medio que constituye el pulso vivo de la Biosfera, es algo tan vasto y complejo, tan dinámico, que sin duda desborda cualquier capacidad de seguimiento profesional. En mi opinión, lo ideal es consolidar y aumentar la inversión pública en medios profesionales estatales de investigación y gestión del patrimonio natural al tiempo que se organizan de la mejor manera posible los esfuerzos de todos aquellos aficionados que tienen vocación de conocimiento y se esparcen por el territorio. Hay mucho trabajo. Mucho por conocer, mucho por vigilar, por constatar y observar y, al mismo tiempo, hay muy pocos recursos. No es solo una impresión nuestra. Artículos bastante serios aportan datos de la tremenda importancia que en sociedades avanzadas, como la europea, tiene la labor de los taxónomos aficionados describiendo especies nuevas, llegando a cuantificar que el 60% de las descubiertas desde 1950 han sido descritas por aficionados³. Ese mismo artículo destaca esta labor de apoyo como una forma de amortiguar la creciente carencia de perfiles de estudio de Taxonomía entre los profesionales, dedicados a investigaciones supuestamente más provechosas, al menos a juicio de las entidades

2. Anostráceos, aguas temporales y conservación de invertebrados. 2010. Carlos M García, Juan García de Lomas y Miguel Alonso. *Quercus*, 287: 34-40.

3. New Species in the Old World: Europe as a Frontier in Biodiversity Exploration, a Test Bed for 21st Century Taxonomy. 2012. Fontaine, B, K van Achterberg, MA Alonso-Zarazaga, R Araujo, M Asche et al. *PLoS ONE* 7(5): e36881. doi:10.1371/journal.pone.0036881

financiadoras. Pero algo similar podría pensarse para otros tipos de estudios y observaciones de la dinámica del entorno que nos rodea, especialmente admitiendo que habitamos sistemas definidos por el cambio y los continuos ajustes a nuevos equilibrios.

Sin duda necesitamos una administración fuerte y con recursos en el ámbito del Medio Ambiente. Con muchos más medios que ahora. Pero siempre será tan posible como deseable hacer partícipes a los ciudadanos de esa labor de protección y conocimiento del patrimonio natural. Y en medio de todo eso, esa ameba viva que emite sus pseudópodos por mares, sierras y humedales. Un reguero de individuos, a veces bastante aislados, cada uno con su propia visión y conocimiento... Y ahí es donde veo el gran papel de sociedades naturalistas como la nuestra: potenciar la comunicación entre la enorme capacidad de observación de los aficionados, la puntualización o aporte científico del investigador profesional y el engranaje fundamental de doble flujo con las autoridades que rigen, con buen conocimiento de base pero menos medios de observación de los deseables, las actividades de protección y administración del medio.

Siempre he deseado que la sociedad evolucione un poco más (y quizá ya lo haga) hacia una Democracia Ilustrada.

Guardo como recuerdo del colegio, cuando siendo un niño que acudía a clases de historia, ingenuamente pensaba “¿qué tendrá de malo el despotismo ilustrado?”... porque, al fin y al cabo solo imaginaba una verdad o conocimiento absoluto y único. Cuando uno madura, reconoce la complejidad del mundo, de la realidad, y, especialmente, de la sociedad.

Se trata de la justicia que entraña una democracia tolerante. Pero, al mismo tiempo, tengo el deseo de que esa Democracia pase a ser Ilustrada, informada, incrustada en el sueño alcanzable de una sociedad del conocimiento.

Hoy vamos, quizá, camino de eso a través de esa otra gran ameba, ese gran cerebro electrónico colectivo que supone internet, en un mundo en el que la información en todas las facetas cada vez llega más a cada individuo y, lo que es más importante, se emite también desde cada uno hacia todos los demás...

Aunque quería destacar la tradición naturalista, el placer de la observación y el conocimiento de la naturaleza como alma o corazón de asociaciones como la nuestra, también quería con esta breve reflexión añadir un fin, una razón más de ser: la de ser un elemento de esa construcción de una sociedad del conocimiento, un nodo de esa red invisible que nos une a todos con la naturaleza y entre nosotros.

Una red parecida a una gran ameba benefactora que abraza al territorio y conecta sus miles de brazos utilizando ese recurso electrónico asequible que hoy ya nos une como sociedad de información y que debería terminar consolidándonos como una sociedad responsable y sabia.